

DENTICOS en su motivación —la promoción turística de sus respectivas ciudades—, pero distintos por muchas otras cosas, los festivales de "jazz" de Sitges y San Sebastián son las principales atracciones que puede esperar el aficionado español a este tipo de música, al menos durante el verano. Este año no ha habido coincidencia de fechas y, con pequeños sacrificios que muchos seguidores del "jazz" no han dudado en hacer, ambos festivales se han podido escuchar consecutivamente.

Sitges: el turismo y Norman Granz

Como casi todas las poblaciones costeras del Mediterráneo, Sitges durante el verano pasa a girar exclusivamente en torno al turismo. Quien acudió a Sitges a la busca de una atracción, el "jazz", se encontró de golpe sumido en otra, en una atracción global o **show** permanente dentro del cual el "jazz" se quedaba en eso que ahora han dado en llamar anticlimax, resultando casi un espectáculo para zombies no participantes.

El segundo festival de Sitges ha estado dominado por la personalidad del productor Norman Granz, y no tengo reparo en decir que todo él ha sido poca cosa más que una demostración práctica de los conceptos de Granz sobre el "jazz". O nada menos que eso. Los nombres de Benny Carter, Count Basie, Oscar Peterson, Joe Pass y Ella Fitzgerald dirán mejor que cualquier otra cosa por qué cauces ha discurrido el "jazz" en las diferentes sesiones.

La música Granz en Sitges se ha polarizado en dos extremos, con centro en ese máximo exponente del clasicismo que es la banda de Count Basie, de nuevo en plena forma. En un extremo tenemos a Benny Carter con sus All Stars —título que en esta ocasión es mucho más que una simple denominación retórica—; en el otro, quedan Oscar Peterson y Joe Pass. Excelentes técnicos, Peterson y Pass han sido lanzados como monstruos de la técnica, y sus conciertos se han ido convirtiendo cada vez más en demostraciones en las que se busca asombrar al público antes que decirle algo. Desinteresados por el sentido del espectáculo —eso que le sobraba a Erroll Garner—, se exhiben en unos **medleys** —de Gershwin, de Ellington, de música brasileña— llenos de altibajos y en los cuales lo que sucede en el escenario llega al público con muchas soluciones de continuidad, porque mu-



Wallace Davenport y su banda de Nueva Orleans: el "jazz" tradicional como fuente inagotable de diversión.

Sitges y San Sebastián:

JAZZ PARA EL VERANO

JOSE RAMON RUBIO

San Sebastián: un público y una revelación

A diferencia de Sitges, el festival de San Sebastián ya se ha hecho su propio ambiente. Muchas circunstancias han cooperado a ello: la más evidente, que el festival lleva ya doce años celebrándose. Pero tampoco hay que desdeñar que San Sebastián es

chos de sus momentos no están pensados en términos de comunicación.

En el otro extremo está Benny Carter, o el placer de tocar por hacer música. De los conciertos que marcaron la tónica general del programa, el suyo fue el mejor, por la sencilla razón de que fue el más simple. Planteado sin más como una sesión que reunía a varios músicos para disfrutar tocando juntos, demostró que en las sesiones es donde más posibilidades hay de creación, porque es donde los músicos se apoyan únicamente en sus facultades para comunicar y donde la técnica se da por descontada e importa sólo como fundamento de la libre expresión de su poseedor. Carter es un técnico de la categoría de Oscar Peterson y Joe Pass; pero, al menos por lo que hizo en Sitges, su principal interés no está en exhibirse, sino en divertirse él y divertir al público; lo cual puede explicarse por su pertenencia a otra generación, en la que era inexcusable que el músico de "jazz" fuera también un hombre del espectáculo. Con todo ello, Benny Carter supo exponer en el escenario de Sitges, con ayudas tan fundamentales como las del

bajo Milt Hinton y el pianista Ray Bryant, un "jazz" sin adjetivaciones ni sofisticaciones. Más cosas hubo en Sitges, algunas tan bonitas como las **jam-sessions** en plena calle, pero todo queda desambientado al lado de la tónica marcada por Norman Granz, cuya culminación hubo de ser el recital de Ella Fitzgerald, que tuve que perderme para estar a punto en la inauguración del "otro" festival, el de San Sebastián.



Benny Carter o el placer de tocar por hacer música.



Charles Mingus: eternamente fiel a sí mismo.

una ciudad de actividades e inquietudes muy diversificadas. Por último, hay que resaltar que el festival ha encontrado una excelente fórmula —sesiones de profesionales y concurso de aficionados— que le permite funcionar incluso con un presupuesto muy inferior al de Sitges.

Todo esto hace que el festival de "jazz" de San Sebastián tenga ya su público. Pero esta importante conquista es también el origen de unos cuantos problemas que en cualquier momento pueden llevar al festival a la crisis. En primer lugar, el público, que en buena parte ha contestado los precios del festival con gritos y pintadas de "Jazz sí, negocio no", ha llegado a ser en esta duodécima edición lo suficientemente masivo como para dejar pequeño para las sesiones de profesionales el tradi-

ters vimos el triunfo de las raíces del rock; el superior obtenido por el tejano Clarence "Gatemouth" Brown, descubrimos la importancia que desde el rock ha cobrado —o ha recuperado— la imagen para todo tipo de música. Posteriormente, y a través de las diferentes sesiones del concurso de aficionados —de cuyo Jurado tuve el honor de formar parte—, se pudo comprobar que el público aprecia —y no sólo para aplaudir— principalmente lo que tuviera que ver con todo eso que se llama —banalizando, ya lo sé— "jazz-rock", "fusión" o "crossover music", haciéndose palpable la exigencia de convertir las dos categorías del concurso, "jazz" tradicional y "jazz" moderno, en tres: "jazz" tradicional, "jazz" moderno y "jazz-rock". Si en esta edición no hubo finalmente necesidad de hacerlo, fue

y, sobre todo, los contracantos del trompeta Doc Cheatham en dos de los temas interpretados por la cantante Carrie Smith. La cual, si demostró grandes dotes euforizantes —muy adecuadas para una audiencia consumidora inagotable de energía— y una escuela de alta calidad —nada menos que Bessie Smith más Louis Armstrong—, acusó por otra parte la falta de ese sello distintivo que convierte al artista en estrella.

Pero todas estas impresiones iban a cambiar con el concierto siguiente al de Cab Calloway. Pues si la primera parte acentuaría la línea general apuntada, por cuanto la música del grupo Núcleus, fría como un témpano y con un alto nivel de elaboración —aunque ensuciada por una deficientísima calidad en el equipo sonoro—, fue ampliamente entendida e incluso aceptada en su justa

presión general del festival de San Sebastián, porque, para mí, con Wallace Davenport quedó redondo, y mi juicio ya no se modificaría por lo que vino después, el grupo Dolores de Pedro Ruy Blas y el conjunto de Charles Mingus. Aunque el señor Mingus, a quien vi en Sitges y en San Sebastián, bien merece una coda.

Mingus, Mingus, Mingus...

Eternamente fiel a sí mismo, obstinado en seguir su trayectoria pase lo que pase, Charles Mingus ha llegado en su camino a un punto crucial que alcanzan todos los grandes creadores, todas esas poderosas individualidades que existen en todos los campos del arte.

En Charles Mingus cualquier cosa que pase es un Mingus: ha creado una vía tan cerrada para los demás y tan abierta para sí mismo que ya todo lo que haga nos suena a él y, por tanto, puede llevar su firma. Temí que sus actuaciones fueran idénticas, pero no fue así: lo que en Sitges fue una completa broma —una broma mingusiana—, en San Sebastián se transformó en una reflexión profunda y llena de patetismo. A mi juicio, la segunda actuación superó con creces la primera, incluso en la pura calidad técnica del sonido; el propio Mingus —quizá más cómodo por ser el local cerrado y por la usencia de fotógrafos con "flash"— quedó más satisfecho de esta segunda actuación, y, cosa insólita, salió de él el ofrecer una propina que, acorde con el tono dramático de la actuación, fue su elegía para Lester Young, el "Good Bye Pork-Pie Hat". En acabar de definir el clima mingusiano cooperaron Robert Neloms al piano, Ricky Ford al saxo tenor, Jack Walrath a la trompeta y el inevitable Danny Richmond a la batería. Salvedad hecha de este último, especie de "alter ego" del contrabajista al cabo de tantos años de colaboración, de los demás no puedo decir nada. Todo lo que fueron en ambos conciertos lo fueron en base al empuje de Mingus desde las composiciones, los arreglos y el contrabajo: quiero decir que funcionaron como proyecciones de la personalidad del líder. Y sería motivo de estudio, por ejemplo, el influjo que Mingus ejerce en el trabajo de los saxos tenores.

Pero aquí ya no queda lugar más que para despedir este recuento de dos festivales: distintos, uno por hacer y otro ya hecho, pero ambos fuente principal de satisfacción para esos pocos que, quizá nadando contra corriente, desean "jazz" en el verano. ■



La Locomotora Negra y Crash, grupos catalán y polaco, respectivamente, ganadores del concurso de aficionados de San Sebastián.

cional marco de la plaza de la Trinidad, que ha tenido que reemplazarse por el Polideportivo de Anoeta, mucho peor, especialmente por lo que se refiere a condiciones acústicas. En segundo término, el público, habiéndose formado ya un criterio, es el dueño del festival, el que decide con su atención, su participación y su aplauso qué contenidos funcionan en el escenario. Y, muy significativamente, el público ha respondido hasta un determinado momento más a lo relacionado con el rock que a aquello que estamos acostumbrados a tomar por "jazz", sea de la clase que sea. El concierto profesional de inauguración —único que tuvo lugar en la plaza de la Trinidad— fue revelador al respecto: en el éxito de la solidísima banda presentada por Muddy Wa-

gracias a la presencia del conjunto polaco Crash, que demostró ser el mejor, tanto de los modernos como de los rockeros.

Ese mismo público valoró el espectáculo ofrecido por la banda de Cab Calloway por lo que tenía de entretenimiento, y por el mérito que supone que un artista tan localizado temporal, geográfica e incluso racialmente sepa todavía, a sus setenta años, seguir animando un espectáculo —del que hay que descontar la imparable actuación de un terceto de bailarines—; pero no llegó a hacer justicia a los momentos de buen "jazz" de la sesión: el solo de piano de Hank Jones, todas las contribuciones del saxo Byddy Tate, los "cuatros" del batería Oliver Jackson y el tap-dancer Jimmy Slide —fantástico por su sentido del ritmo y hasta diríamos que por su musicalidad—,

medida, en la segunda vendría la revelación. Una revelación que había tenido su anticipo en el éxito del conjunto ganador del concurso de aficionados en la categoría de tradicional, el grupo catalán La Locomotora Negra (un formidable octeto que no se limita a reproducir los modelos clásicos, sino que parte de ellos para hacer su propia música); y una revelación que alcanzó su cenit en la actuación de la banda de Nueva Orleans dirigida por el trompeta Wallace Davenport. Fue sin duda éste el conjunto que obtuvo mayor aclamación popular, aquél con el que el público se lo pasó mejor. Quedó así ratificado que el "jazz" tradicional, aun el que responde a los modelos aparentemente más caducos, ofrece todavía posibilidades a la creatividad del músico y es una fuente inagotable de diversión. Este es el fin de mi im-